

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII	DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON BLANCO ROJO	PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victoria, 53	COLABORADORES: TODOS LOS SUSCRIPTORES NÚM 579.
----------	---	--	--

MURCIA 2 DE JUNIO DE 1901.

La Juventud Literaria

NO VAYAS AL BOSQUE

Zagalá garrida
que la selva cruzas,
corriendo gozosa
de tu amado en busca,
sin temer las zarzas
que la selva oculta,
ni ver los escollos
que en la misma abundan;
cuídate que las zarzas
que inclementes punzan,
no sangren tus manos,
tus pies no destruyan,
ni marquen tu rostro
de dulce ternura
con sombras opacas,
con tintas oscuras.
Cuida que á tus ojos
el llanto no cubra,
ni pierda tu lábio
su grata frescura,
bebiendo sediento
en pedrosa gruta,
el agua amargosa
que filtra corrupta.
Cuida que tu amado
de la selva huya
al ver el estremo
con que tú le buscas;
cuídate no le encuentres
donde haya espesura
y pueda mirarte
con delicia suma,
hallando en tus ojos
de amor y fortuna
la luz que enloquece
la luz que perturba.
Cuida no te vuelvas
asaz taciturna,
trayendo en tu frente
herida profunda,
que al par de dolores
te cause amargura.

No corras, zagala,
por la selva oscura,
que guarda en su fondo
espinas que punzan,
á las que amorosas
sus amantes buscan,
sin ver los peligros
que corriendo cruzan.

ALFONSO G. CLEMENCIN.

DE COMO EL DIABLO SE QUEDÓ CALVO.

Todo el mundo sabe que el diablo es calvo; y lógicamente era preciso que lo fuese. Porque la peor de las calvas debía tenerla el abominable autor de todo el mal humano. Pero lo que no se sabe es como Lucifer perdió sus cabellos.

Contaré el cuento tal como me fué enseñado por un barbero de Pamplona—gran jugador de dominó—entre corte y rasura que tenía por muestra: «¡A la peluquería de Salán!»

Subía como la estrella de la mañana, roja como el infierno, negra como la eterna noche, la cabellera del ángel rebelde era tan prodigiosamente abundosa y rizada, que envolvía como una inmensa nube toda la tierra y todo el mar.

Nuestro Señor estaba muy disgustado porque, aun poniéndose sus antiparras, que como se sabe, están hechas de la última estrella del Sur y de la última del Septentrion, juntas por una cola de cometa, no podía distinguir á través de la enorme sombra el mundo tan bello que él había creado.

Y cuando se han inventado las cosas, lo menos que puede pedirse es tener el placer de verlas.

Además, el Señor, según los más auténticos retratos que tenemos de Él, tiene más barba que cabellera, y posible fuera que tuviera algo de celos.

Nada le hubiera sido más fácil que incendiar los cabellos del diablo, pero sintió escrúpulos de honrado dramaturgo, y habiendo empleado el fuego en otras escenas, le repugnaba un segundo uso del mismo elemento.

Y hubiera estado largo tiempo perplejo si el Espíritu Santo no le hubiera hablado así:

—Poca cosa os preocupa. Decid solamente que por cada asesinato que se cometa en la tierra, Lucifer perderá un cabello; y á juzgar por la manera como los humanos se matan, pronto tendrá el diablo la cabeza lisa....

—Qué—suspiró el buen Dios—¿tanto gustan deshacerse aquellos que yo hice? Pero ea. Ensayemos este medio.

Después dijo: «Que Lucifer pierda un cabello por cada homicidio que se cometa»

—Y si deseais—añadió el Espíritu Santo—que la calvicie de Satanás se haga efectiva más prontamente, exigirle otro cabello por cada robo que se efectúe entre los hombres, y na tardará el diablo en tener la cabeza desnuda como la cara de un angelito.

—Me duele creer que los mortales sean todos ladrones!—suspiró el buen Dios.—¿Qué necesitan robar, si les doy la belleza del cielo y de las mujeres, las flores, los pájaros, el mar y los bosques, á cuya sombra duermen la siesta? Pero ensayemos este nuevo medio.

Y dijo: «Que Lucifer pierda un pelo por cada robo que se cometa en la tierra.»

Y esperando se entregó á los conciertos de sus serafines.

El cráneo del diablo sufrió una verdadera peladura.

Que un ladronzuelo robaba un reloj, que un bandolero asaltaba unos conventos, que Alejandro el Grande conquistaba las Indias, que César tomaba las Galias, que una buena moza vaciaba los bolsillos á un viejo burgués dormido, era un pelo, y otro, y otro todavía quien lo pagaba. Y hubo jugadas de Bolsa, que le costaban mechones enormes.

Pero la milagrosa cabellera era como un inmenso bosque, y Nuestro Señor no veía todavía su querida tierra:

El Espíritu Santo dijo:
—¿Tan poco se roba? Tomemos un gran partido. Ordenad que á cada necesidad que en la tierra se diga, Lucifer pierda un pelo.

—¿Pero estás loco?—dijo el buen Dios.—¿Creeis que los que hice á mi imagen y á quienes di alma nacida de mi aliento, son todos imbéciles? ¡Pero, sea, sea!

¡Oh, la pobre cabellera de Belcebú se desnudaba como si pasara un huracan sobre ella! Los estrenos, las conferencias, las columnas de los periódicos, se encarnizaban en la frente, en su cabeza. ¡Pero la enmarañada cabellera, persistía á pesar de los esfuerzos de la bestialidad humana!

El Espíritu Santo gritó furioso:
—¡Emp'eemos un medio supremo! Ordenad que á cada beso que se den los amantes pierda Luzbel un pelo.

El buen Dios se mostró disgustado.

—¡Ah! vais muy lejos, ¿Teneis mala opinion de las jóvenes en que pongo todo mi cuidado para que sean bellas y honradas? ¿Las mujeres de allí abajo no cifran sus ambiciones en ser encanto de sus hogares, de sus esposos, de sus hijos?

—¡Ensayad!—insistió el Espíritu Santo.

—¡Para mostraros vuestro error, sea! dijo el Señor.

Y «Que Lucifer pierda un pelo por cada beso»

No hubo necesidad de acabar.
¡El diablo estaba calvo!

CATULLES MENDES.

